

bam
bú

DAVID ALMOND

El

CHICO

que

NADABA CON LAS

PIRAÑAS



Ilustraciones de
OLIVER JEFFERS

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *The Boy Who Swam with Piranhas*

Publicado por acuerdo con Walker Books Ltd.

© 2012, David Almond, por el texto
© 2012, Oliver Jeffers, por todas las ilustraciones
© 2016, David Paradela López, por la traducción
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-401-7
Depósito legal: B-1092-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

— El —

(HICO
que
NADABA CON LAS
PIRAÑAS

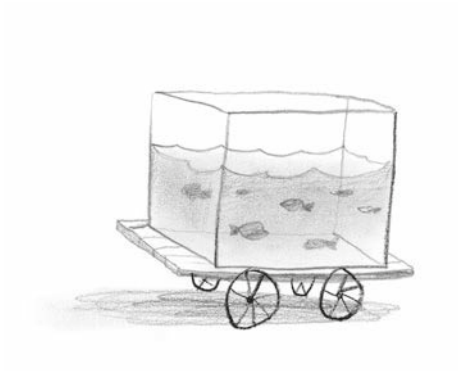


DAVID ALMOND

ilustraciones de
OLIVER JEFFERS

Traducción de DAVID PARADELA

**bam
bú**
EDITORIAL



1.

LA FÁBRICA

13

2.

LA FERIA

71

3.

EL TANQUE
DE LAS PIRAÑAS

137



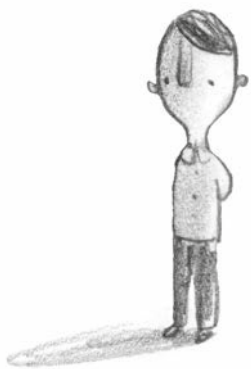
Pregunta al canto: ¿qué te parecería si a un familiar –el tío Ernie, pongamos– le diera por convertir tu casa en una fábrica de pescado en lata? ¿Qué te parecería si por todas partes hubiera cubos de sardinas y barriles de caballa? ¿Y si te encontraras un banco de arenques nadando en la bañera? ¿Y si el tío Ernie se pasara el día construyendo máquinas para rebanarles la cabeza, cortarles la cola y arrancarles las tripas, y artilugios para limpiarlos, hervirlos y enlatarlos? ¿Te imaginas qué jaleo? ¡Menudo cacao! ¡Y del olor ni hablemos!

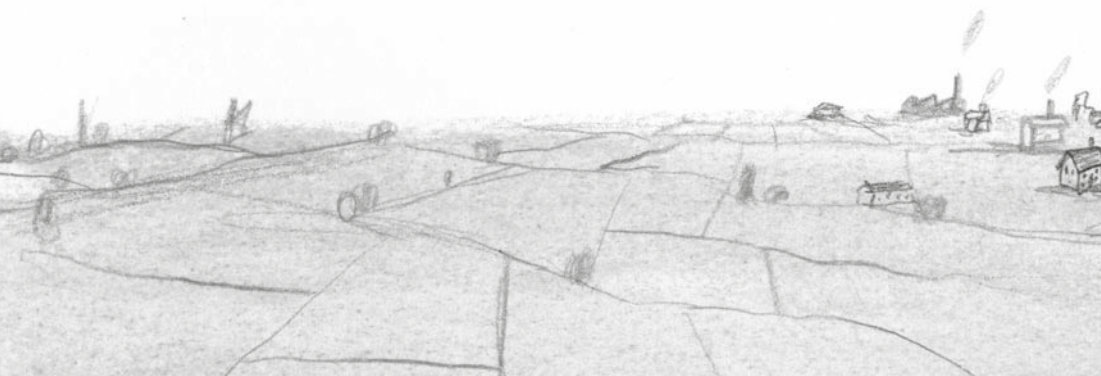
¿Y si las máquinas del tío Ernie fueran creciendo hasta ocupar todas las habitaciones? Tu cuarto, por ejemplo: ¿qué te parecería si tuvieras que dormir en el armario? ¿Y si el tío Ernie dijera que tienes que dejar de

ir al colegio para quedarte en casa y ayudarlo a enlatar pescado? Conque no estaría mal, ¿eh? Muy bien, ¿y si en lugar de ir al colegio tuvieras que ponerte a trabajar todas las mañanas a las seis en punto? ¿Y sin vacaciones? ¿Y sin ver a la pandilla? ¿Te haría gracia? ¡Claro que no! Pues bueno, a Stanley Potts tampoco le hacía ninguna gracia.

Stanley Potts. Un muchacho normal con una vida normal en una casa normal de una calle normal, hasta que un buen día, ¡pum!, el mundo se volvió loco. Ocurrió de la noche a la mañana. Un día tienes a Stan, el tío Ernie y la tía Annie viviendo en una casita encantadora del callejón del Muelle y al día siguiente, ¡zas!: sardinas, caballas, arenques y todo patas arriba.

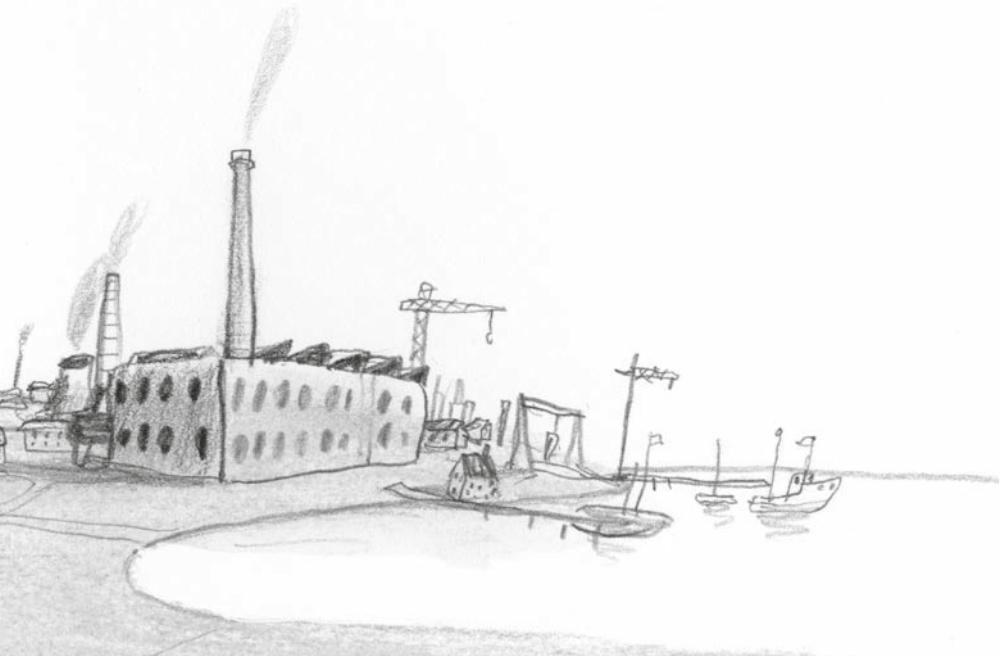
Stan quería mucho al tío Ernie y la tía Annie. Ernie era el hermano del papá de Stan. El tío Ernie y la tía Annie habían sido muy buenos con Stan desde que su papá había muerto en un terrible accidente y su mamá, después, de la pena. Había sido como tener un nuevo papá y una nueva mamá. Pero cuando empezó todo aquel lío fue como si no hubiera vuelta atrás, y muy pronto la situación comenzó a hacerse insoportable.





1.

LA FÁBRICA



Uno

Todo empezó con el cierre de los Astilleros Simpson. El astillero llevaba en el río desde el año de la pera, y la gente que vivía en el río había trabajado ahí desde entonces. El papá de Stan había trabajado en el astillero hasta que tuvo el accidente, y el tío Ernie, desde que era un chaval, lo mismo que su hermano y que su papá y que el papá de su papá y que el papá del papá de su papá. Hasta que un buen día, ¡chimpón!, se acabó. En Corea, Taiwán, China y Japón hacían barcos mejores y más baratos, así que los Astilleros Simpson tuvieron que cerrar. A los trabajadores les dieron una pequeña indemnización, los despidieron y llegaron los equipos de demolición. La gente como el tío Ernie se quedó sin trabajo. Pero la gente como el tío Ernie era orgullosa y trabajadora y tenía familias que mantener.

Algunos empezaron a trabajar en otros sitios, como en la Fábrica de Paquetería y Plásticos Perkins, por ejemplo, o contestando al teléfono de la Sociedad Financiera de Mutuas y Seguros, o reponiendo estantes en la Central del Cachivache, o haciendo de guía en el Museo del Patrimonio Industrial (donde podía verse la exposición temporal «Buques legendarios de los Astilleros Simpson desde el año de la pera»). Otros se deprimieron y se pasaban el día dando vueltas por la calle o parados en una esquina, o se ponían enfermos y poco a poco se iban consumiendo. A algunos les dio por empinar el codo, unos cuantos se pasaron a la mala vida y un par de ellos terminaron entre rejas. Sin embargo, algunos, como el tío de Stan, el señor Ernest Potts, tenían grandes planes.

Un día, un par de meses después de que lo hubieran echado del astillero, Ernie estaba con Stan y Annie junto a la orilla del río. Habían empezado a derribar las grúas y los almacenes, las vallas y los muros ya habían ido al suelo, y había escombros por todos lados. Incluso estaban desmantelando los muelles y los embarcaderos. En el aire resonaban crujidos y chirridos y mazazos y golpes. El suelo temblaba y se sacudía bajo sus pies. En el río todo eran turbulencias y olas enormes. El viento soplaba con fuerza desde el mar distante, y las gaviotas graznaban como si nunca hubieran visto nada parecido.

Ernie llevaba semanas gritando, gruñendo y quejándose, pero ahora se limitaba a suspirar, resoplar, decir palabrotas y escupir.

—¡El mundo se ha vuelto loco! —gritó al viento—. ¡Todo esto es de chiflados! —Y dando un zapatazo al suelo levan-

tó un puño al cielo y añadió—: ¡Pero no podrán conmigo!
¡No, nunca podréis con Ernest Potts!

Dijo esto con la mirada puesta más allá del viejo astillero, hacia donde el río desembocaba en el reluciente mar de plata. Se acercaba un pesquero. Era de un bonito color rojo, y a su alrededor revoloteaba una bandada de gaviotas blancas. Era maravilloso verlo brillar bajo la luz del sol, cabeceando sobre la marea. Parecía una visión, como algo salido de un sueño. Era un regalo, una promesa espléndida. El pesquero atracó en el muelle y empezaron a aparecer redes enormes llenas de formidables peces plateados. Ernie se quedó mirando los peces y de pronto lo vio todo claro.

—¡Esa es la respuesta! —gritó.

—¿Qué respuesta? —dijo Annie.

—¿Cuál era la pregunta? —dijo Stan.

Pero era demasiado tarde. Ernie echó a andar, bajó al muelle y compró un par de kilos de sardinas. Luego se fue a casa y puso las sardinas a hervir. Agarró la carretilla y volvió adonde estaban Annie y Stan, que no se habían movido de la vera del río. Empezó a cargar planchas de metal en la carretilla.

Annie y Stan lo siguieron trotando de vuelta a casa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Ernie? —preguntó Annie.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, tío Ernie? —preguntó Stan.

Ernie se limitó a guiñarles un ojo y descargó el metal en el jardín. Abrió la caja de herramientas y sacó unas te-

nazas, un soplete de soldar, unos alicates, un martillo, y se puso a cortar, soldar y moldear las láminas metálicas hasta convertirlas en cilindros.

–¿Se puede saber qué estás haciendo, Ernie? –preguntó nuevamente Annie.

–¿Se puede saber qué estás haciendo, tío Ernie? –preguntó nuevamente Stan.

Ernie se levantó la careta de soldar, sonrió y guiñó un ojo.

–¡Cambiar el mundo! –dijo bajándose otra vez la careta.

Media hora más tarde, ya estaba lista la primera lata. Era pesada y deforme, estaba abollada y tenía óxido, pero era una lata. Media hora después, metió las sardinas hervidas en el interior y les puso una tapa encima. Luego, con un rotulador, escribió algo sobre la lata: *Sardinas Potts*.

Ernie lanzó un golpe al aire y se puso a bailar.

–¡Funciona! –exclamó.

Annie y Stan examinaron la lata y miraron a Ernie, que les devolvió la mirada con unos ojos que parecían a punto de salirse de las órbitas.

–Queda mucho por hacer –dijo Ernie–, pero será un éxito rotundo, total y absoluto. –Y tras carraspear un poco anunció–: ¡El futuro de esta familia está en el negocio de las conservas!

Y así fue como empezó el gran negocio de Ernie: las Sabrosas Sardinas Potts; las Caballas en Conserva Potts y los Apetitosos Arenques Aromáticos Potts.



Do s

Ernie siguió soldando y doblando y llenando y precintando latas. Levantó suelos y derribó tabiques. Instaló una red de tuberías y tubos y desagües y sumideros. Conectó cables e interruptores y cajas de fusibles. Las máquinas fueron creciendo y creciendo y creciendo hasta que ocuparon todos los pasillos y habitaciones. Cables y tuberías corrían bajo el suelo y atravesaban hasta la última pared. La casa temblaba debido al traqueteo de los motores, el zis-zas de las guillotinas y los cuchillos, el ras-ras de las sierras eléctricas, el rugido del agua al escurrirse por los desagües y el borboteo de los enormes calderos. Bueno, y a causa de los gritos de emoción de Ernie.

—¡Más rápido! ¡Con ganas! ¡Ah, mis maravillosas máquinas! ¡Ah, me encantan! ¡Más pescado, más, más, MÁS! ¡Más, maquinitas, más, más, MÁS!

Por las mañanas unos camiones dejaban los cubos de pescado frente a la puerta principal y por las tardes recogían las cajas llenas de latas en la parte trasera. El negocio iba viento en popa. El dinero llegaba a raudales. Ernie ya no era un extrabajador de astillero en apuros; era un hombre de negocios, un empresario. Su imperio crecía como si tuviera vida propia.

Por las noches, Stan dormía en su armario, y Ernie y Annie bajo una enorme máquina de limpiar pescado.

A la mañana siguiente a las seis en punto, sonaba el despertador.

¡¡¡RING-RING-RING-RING-RING-RING!!!

Y justo después sonaba una sirena:

¡¡¡NI-NO-NI-NO-NI-NO-NI-NO!!!

Y justo después, una grabación:

¡¡¡A DESPERTARSE!!! ¡¡¡A DESPERTARSE!!!

Y justo después Ernie gritaba:

–¡VAMOS! ¡ARRIBA, FAMILIA! ¡VAMOS! ¡SON LAS SEIS, HORA DE TRABAJAR! ¡ANDANDO!

Cuando Annie o Stan se hacían los remolones, la respuesta de Ernie siempre era la misma:

–¡LO HAGO POR NOSOTROS! ¡POR LA FAMILIA! ¡VAMOS, ARRIBA! ¡YA SON LAS SEIS, HORA DE TRABAJAR!

Hasta que una mañana, Annie dijo:

–Para un momento, Ernie.

–¿Qué significa: «Para un momento, Ernie»?

–Significa que pares. Solo por hoy.

Ernie ya estaba con las manos en la masa. Se había puesto los guantes de limpiar pescado y tenía las tijeras

en una mano y las llaves en la otra. En su mente, no veía más que peces nadando, corriendo y bailando.

–¡Ernie! –gritó Annie–. ¡Te he dicho que pares! Solo por hoy.

–¿Y qué pasa hoy que es tan rematadamente especial?

–Veo que no te acuerdas... –dijo Annie.

–¿Acordarme de qué?

Annie sacó un sobre de debajo de la almohada y lo agitó ante la cara de Ernie.

–¿No te acuerdas? Es el cumpleaños de Stan.

–¿En serio? –dijo Ernie–. Ay, sí, es verdad. Hoy es el cumpleaños de Stan. –Y encogiéndose de hombros añadió:– Bueno, ¿y qué?

–Que te portes bien con él. Hagamos cosas de cumpleaños.

–¿Cosas de cumpleaños? –dijo Ernie arrugando el entrecejo–. ¿Qué significa «cosas de cumpleaños»?

–Significa regalos, fiesta, sonrisas y cantarle el «Cumpleaños feliz» y... ¡dejarlo en paz con las sardinas del demonio!

–¿Sardinas del demonio? ¡Te informo, señora mía, de que las sardinas son nuestro sustento! ¡Y te informo también de que...!

–¡Y yo te informo a ti de que, como no te portes bien hoy con tu sobrino, tu mujer se declarará en huelga!

Ernie pestañeó.

–Y ahora a callar –dijo Annie levantándose y caminando de puntillas hasta el armario de Stan–. Buenos días, hijo –susurró.

–¡Lo siento! –dijo Stan agarrando la ropa de trabajo–. ¿Tan tarde es? ¿Debería haberme levantado ya? ¿Ya es hora de empezar?

–¡Feliz cumpleaños, Stan! –dijo Annie abrazándolo. El chiquillo se quedó atónito.

–¿Cómo? –dijo–. ¿Es mi cumpleaños?

–Pues claro –respondió Annie–. ¿No lo sabías?

–Recuerdo haber pensado que *quizá...* –dijo Stan pensativo–, pero como nadie decía nada, pensé que me habría confundido. O que os habríais olvidado.

–Oh, Stan –dijo Annie–. ¿Crees que íbamos a olvidarnos de algo así? Pues claro que nos acordábamos. ¿Verdad que sí, Ernie?

Ernie carraspeó y cortó el aire con las tijeras.

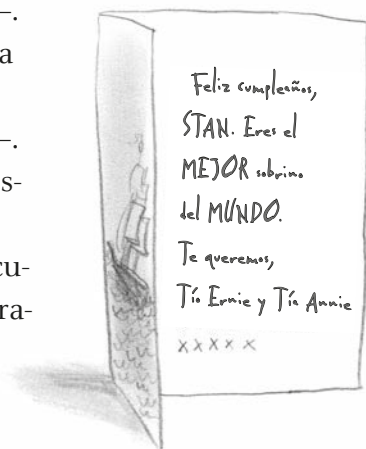
–Pues claro que sí –dijo forzando una sonrisa desde el otro lado de la puerta del armario–. ¡Feliz cumpleaños, muchacho! ¡Cumpleaaaños feeliz! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! Vamos, dale la tarjeta.

Annie le dio el sobre a Stan, y Stan sacó la tarjeta. Tenía un barco dibujado y dentro había un mensaje.

–¡Oh, gracias! –exclamó Stan–. ¡Muchas gracias! ¡Es la mejor tarjeta del mundo!

–¡Ya lo creo que sí! –dijo Ernie–. Bueno, ya está bien. ¡Hay mucho pescado que enlatar!

Y diciendo esto volvió con sus cubos de pescado y sus máquinas maravillosas.



–¡Qué tío tan tonto tienes! –dijo Annie–. ¿Qué te parece si lo dejamos con sus cosas y preparamos un superdesayuno?

Annie abrió la bolsa de la compra y empezó a sacar refrescos, chocolatinas y una gran bolsa llena de caramelos. Stan y ella se rieron y se pusieron a comer. Cada pocos minutos, Ernie gritaba:

–¿DÓNDE ESTÁIS? ¡ES TARDE! ¡DEJAD DE REMOLONEAR! ¡A TRABAJAR!

Pero Annie decía:

–Tú, ni caso. –Y cuando se hubieron acabado los refrescos y las chocolatinas y los caramelos, dijo:– Hoy te mereces un regalo. Espérate aquí.

TRES

Ernie no dejaba de pulsar botones, tocar interruptores, mover palancas y girar ruedecitas. Iba de aquí para allá, bailando y dando vueltas, y entretanto iba cantando a voz en grito:

¡Más, más, más!

¡MÁS, MÁS, MÁS!

¡Más pescado para enlatar!

Un, dos, tres: aliñar, cortar,

a la olla con tomate

y luego a etiquetar.

¡Más, más, más!

¡MÁS, MÁS, MÁS!

Sardinas bien sabrosas y anguilas del mar,

anchoas y caballa, ¡espectacular!
Salmones, mejillones, ostras y demás,
corre a probarlas: qué ricas, ¡ya verás!
¡Más, más, más!
¡MÁS, MÁS, MÁS!
Más pescado para enlatar...

Annie suspiraba. ¿Qué había sido de aquel hombre alegre y sereno de tiempo atrás? Le tocó el hombro. Sin respuesta. Le dio un golpe en la espalda. Sin respuesta. Entonces le arreó un buen trastazo y le gritó al oído:

–¡Ernie! ¡ERNEST POTTS!

Por fin este se dio la vuelta.

–¡Caramba! ¡Ya era hora! –dijo–. ¡STAN! Hijo, ¿dónde te has metido?

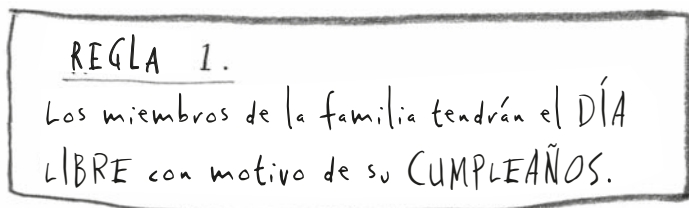
Annie se agachó y apagó la máquina que tenía más cerca. Ernie ahogó un grito. ¿Qué rayos estaba haciendo? Se agachó para volver a encenderla, pero Annie dijo:

–Tendrás que arreglártelas sin Stan. Es su día libre.

–¿Su día libre? ¿Y quién lo dice?

–Yo lo digo –respondió Annie–. Es una nueva regla. Mira, lo he puesto por escrito.

Le tendió un trozo de papel:



REGLA 1.
Los miembros de la familia tendrán el **DÍA**
LIBRE con motivo de su **CUMPLEAÑOS**.

Ernie lo leyó y se rascó la cabeza.

–En el astillero había un reglamento, ¿no? –preguntó Annie.

–Sí –dijo Ernie–, pero...

–Ni pero ni nada –dijo Annie y, entregándole otro trozo de papel, agregó–: Y le daremos una propina de diez libras.

REGLA 1a.

LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA recibirán una propina de 10 libras el DÍA DE SU CUMPLEAÑOS.

–¡Pero todo esto te lo acabas de inventar! –exclamó Ernie.

–Claro que me lo acabo de inventar –dijo Annie encogiéndose de hombros–. ¿Algo que objetar? –añadió mirándolo fijamente a los ojos.

Ernie le sostuvo la mirada y dijo:

–¡Sí!

Annie le entregó otro trozo de papel.

REGLA 1b.

Como te quejes, pienso declararme en HUELGA.

–¿Y bien? –dijo Annie.

Ernie soltó un gruñido, se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez libras.

–Dáselo a Stan y dile que salga a divertirse –ordenó Annie, levantando un dedo como quien dice: «¡Como te quejes, verás!»–. ¡Stan! –gritó–. Ven, hijo. El tío Ernie quiere darte una cosa.

Stan salió del armario.

–Tienes el día libre –dijo Annie–. ¿Verdad, cariño?

–¡Sí! –rezongó Ernie.

–Y Ernie tiene algo para ti, ¿a que sí, Ernie?

–¡Sí! –rezongó otra vez Ernie y, mostrándole el billete de diez libras, dijo–: Feliz cumpleaños, hijo. Sal y...

Ernie se rascó la cabeza. ¿Qué era lo que tenía que decir?

–¡Y diviértete! –murmuró Annie.

–Eso –dijo Ernie–. Sal y diviértete.

–¿Y adónde voy a divertirme?

–preguntó Stan.

Annie abrió la puerta de la casa:

–Ahí fuera –dijo–. Llevas demasiado tiempo encerrado. Sal al mundo y diviértete, hijo.

Annie y Stan echaron un vistazo a la calle y se quedaron pasmados de la sorpresa: en el pueblo se había instalado una feria. Ahí estaba, justo en el lugar que habían ocupado los Astilleros Simp-



son. Había una noria que daba vueltas lentamente bajo el sol. Y un tobogán gigante. Y se oían los golpes de los autos de choque, y el sonido de la música, y el repicar de la montaña rusa. Olía a aceite de motor y a algodón de azúcar y a perrito caliente.

–¡Una feria! –dijeron al unísono–. ¡Guau!

Stan agarró su billete de diez libras, besó a su tía, miró sonriendo a su tío y salió a disfrutar de aquel soleado día de libertad.

Annie fue a por una bolsa de la compra.

–Regla 1c –dijo mientras salía–. ¡Las tías podrán tomarse parte de la jornada de permiso para comprar un pastel de cumpleaños!

Ernie los miró mientras se marchaban.

–El mundo se ha vuelto loco –dijo para sí mismo, cerró de un portazo y se puso de nuevo a trabajar.

